

Vives vs Petro. Las dos Colombias

| *Colombianito que vienes/al mundo te guarde Dios/una de las dos Colombias/ha de helarte el corazón.*

La paráfrasis del poema de Antonio Machado brota a partir de las antagónicas visiones que tienen el cantante Carlos Vives y el presidente de Colombia en torno al pasado español de su nación. La controversia ha surgido en torno al V centenario de la fundación de Santa Marta, patria chica de Vives. Mientras el autor de *La tierra del olvido* lanzaba una canción, *500*, en la que ha participado un puñado -Lalo Ebratt, Bomba Estéreo, Estereobeat ft. Yera, Laura Maré, Olga Lucia Vives, L'omy, Gloria Torres, Paola Lacera y Rashid Zawady- de artistas samarios, Gustavo Petro ha vuelto a calificar de «genocidio» lo hecho por los españoles hace medio milenio. Nada nuevo bajo el sol negrolegendario que ilumina, hasta cegarlos, a los mandatarios que operan bajo la estela del socialismo del siglo XXI. Para no ser menos que Andrés Manuel López Obrador o su continuadora, Claudia Sheinbaum, Petro ha ampliado la exigencia de la petición de perdón que la pareja de mandatarios mexicanos dirigen a España. En el caso del colombiano, la disculpa atañe a toda Europa.

En las antípodas de Petro, Vives se ha atrevido, incluso, a elogiar la figura de Rodrigo Gutiérrez de Bastidas, fundador de Santa Marta, según una tradición cuestionada por algunos historiadores, el 29 de julio de 1525. Desde aquel enclave costero, el gobernador Bastidas selló las paces con una serie de tribus y comenzó, como era habitual, a rescatar oro. Como era también costumbre, la expedición, autorizada y supervisada por los oficiales reales, la habían financiado particulares, por lo que Bastidas consideró que lo ganado debía resarcir, en primer lugar, a los que habían corrido con los gastos de la compañía. La decisión hizo estallar una revuelta encabezada por el teniente general, Pedro de Villafuerte, cuyos secuaces entraron de noche a la casa de Bastidas para acuchillarle. Gravemente herido, el gobernador trató de ir a Santo Domingo, pero los vientos le llevaron a Santiago de Cuba, donde murió. A sus espaldas, Villafuerte y los suyos fueron ajusticiados.

La historia de Bastidas, una de las muchas que dio la conquista del Nuevo Mundo, conmovió a Vives, que vio en el trianero a un hombre capaz de tender puentes desde una ciudad, la suya, convertida en un mosaico de razas que han dejado su impronta en la música y en la forma de vivir.

Vives no es, por supuesto, el primer músico que encarece el valor del mestizaje. Sin embargo, su nítido posicionamiento sorprende, pues ha ido más allá de la canción compuesta para la conmemoración de los cinco siglos. El colombiano ha sido explícito y ha criticado la leyenda negra, auténtico credo de muchos de los de su gremio, sabedores de que ir a favor de corriente garantiza buenos dividendos. Frente a oportunistas e indoctos, Vives ha hablado claro e, incluso, se ha permitido el lujo de nombrar la palabra tabú: «Cuando éramos parte del imperio español, teníamos muchos enemigos que querían dividirnos».

Frente a esta desacomplejada postura, se sitúa Gustavo Petro, riguroso observante de la doctrina negrolegendaria, que hace dos años, durante su visita a España, dejó una serie de perlas que conviene recordar para confrontarlas con las palabras de Vives.

Según dijo el presidente de Colombia, al que el Gobierno español, en una muestra más de su estulticia, concedió el Collar de la Orden de Isabel La Católica, «la única manera de vencer en aquel entonces era que el ejército libertador fuese más poderoso que el ejército del yugo y no podía hacerse si a ese ejército no entraban los indígenas, los negros, los pobres, los sin camisa, el trabajador». Una afirmación cargada de falsedad, pues en el bando realista,

que él calificó «del yugo», el número de combatientes indígenas superó ampliamente al que se integró en el llamado «libertador». Las manifestaciones del homenajeado Petro, receptor de las medallas de oro del Congreso de los Diputados y del Senado, y de la Llave de Oro de la Villa de Madrid, no eran nuevas, pues en octubre de 2017 acudió puntualmente a la cita negrolegendaria anual, para decir que el 12 de octubre «conmemora una invasión, un genocidio, una conquista, un saqueo». Petro, al que la Universidad de Salamanca concedió su Medalla de Honor, añadió, en una muestra de su desconocimiento de lo que es un descubrimiento constitutivo, que España no descubrió América.

Ninguna de estas distinciones posee Vives, que con su canción se ha situado en un bando en el que ya milita, desde hace tres lustros, Andrés Calamaro. El argentino, ante el estupor de Andreu Buenafuente, renunció a su estatus de progre ante las pantallas progubernamentales y, recientemente, dedicó una canción a los trabajadores del sector taurino en la colombiana plaza de toros de Cañaveralejo. Autónomo gracias al éxito de su música, que no al de prebendas oficiales, Calamaro, que cierra sus conciertos con el pasodoble *Nerva*, se permitió el lujo de ser él quien cancelara a quienes abuchearon su recordatorio.

Petro y Vives son dos caras de la misma moneda que algunos llaman, acaso sin saber que ese adjetivo se añadió a América para disolver el pasado español, latina. Donde los petristas ven un genocidio, dando así continuidad al argumento de quienes operaron tras Bolívar y maniataron a la América hispana por la vía de la deuda, los que cabe llamar vitalistas, exhiben con orgullo todos y cada uno de los rasgos que componen una sociedad como la colombiana, cuyos cimientos comenzaron a fraguar en Santa Marta hace medio milenio.